

CAPITULO II.

LA REVOLUCION FRANCESA.

Actual necesidad de estudiarla.—Su genealogía.—Testimonios de Segur.—Mercier.—De Boufflers.—Cerutti.—Roussel.—De Gerlache.—Cárlos Nodier.

El odio á todo órden religioso y social que no haya establecido el hombre, y que no considere á este como soberano absoluto: la proclamacion de los derechos del hombre en todo y por todo contra los derechos de Dios: la fundacion de un órden religioso y social que el hombre fabrique y gobierne con entera independenciam de las voluntades de Dios: el apoteósis del hombre, en una palabra: he ahí, como hemos demostrado, la Revolucion en su esencia, la Revolucion propiamente dicha, la Revolucion que en la actualidad amaga á Europa entera, y de que no son sino preludios los trastornos de todo género.

¿Pero de dónde viene ese poder tenebroso? Segun dejamos dicho, unos señalan como cuna de él la Revolu-

cion francesa de 1789. Establecen su genealogía, haciendo notar los gérmenes que encerraba esa Revolucion: odio y destruccion del órden religioso y social establecido, en provecho de la nivelacion universal;¹ la proclamacion de los derechos del hombre contra los derechos de Dios; la reconstruccion de un órden religioso y social fabricado por el hombre, gobernado por él y para su provecho propio; en una palabra, demuestran con toda claridad que en la Revolucion francesa, el hombre sustituye en todo y por todo su arbitraria voluntad á las leyes eternas, y hace su apoteósis religioso y social.

Nada de esto puede ser contestado, á no ser que quiere negarse la verdad de la historia. Pero hay que advertir que la Revolucion no nació en una noche, como brota el hongo al pié de un árbol. Tiene raíces, y estas las echó en el pasado: ¿qué raíces son esas? La Revolucion es, por decirlo así, el teatro en que se pusieron en escena ciertos principios y ciertas ideas: ¿qué ideas y qué principios son esos? de dónde han salido?

Ora se considere la revolucion francesa como un mero hecho, ora como el hecho generador de la gran revolucion que nos amaga, le importa muy altamente á Europa saber de dónde salió.

Si se la considera como un mero hecho, la revolucion de 1789 es sin contradiccion el acontecimiento capital de la historia moderna. No tan solo le dió á Europa un sacudimiento que dura todavía, sino que corta en dos partes la existencia de la misma Europa. La revolu-

¹ "No hemos de ser republicanos, decia Cambon, sino cuando estemos todos arruinados; y es necesario que lleguen las cosas al extremo de que una medida de salvado cueste 300 libras." Otro añadía: "¿Para qué quiere leyes el pueblo frances? Pues qué, ¿no hay pueblos que existen sin mas leyes que las sencillas de la naturaleza?" Los sistemas de *santa igualdad* son los que han arruinado á Francia, concluía Dubois Crancé. *Monit.* 16 de Floreal año III.

cion puso término á un órden social europeo cuyo origen se perdía en las tinieblas de los siglos pasados. De en medio de las ruinas del pasado ha hecho surgir un órden nuevo. Ha proclamado principios religiosos, filosóficos y políticos, y ha inaugurado hábitos, costumbres y locuciones que no conocían los pueblos cristianos. La mayor parte de esas máximas se ha inculcado en los ánimos y dirige la opinion. Mas ha hecho todavía, pues se ha traducido en instituciones y en leyes que forman parte del derecho público europeo.

Si ha dejado la revolucion de existir como hecho material, y si aun ha sido modificada en algunos de sus actos, permanece sin embargo viva en su espíritu, espíritu poderoso que sigue soplando en Europa, é inspirando todas las revolucionés que vemos estallar á nuestro alrededor desde hace sesenta años. Todas reconocen por madre á la Revolucion francesa: *Magna matri grata filia*.¹ Las teorías de aquellas son las de esta; sus promesas las suyas; suyos sus grandes hombres; suyos sus enemigos; sus acciones, sus locuciones y sus procederés, son el modelo sobre que calcan sus procederés, sus locuciones y sus acciones.

De este modo, examinando de cerca las cosas, se advierte que la Revolución francesa, es decir, sus principios y sus ideas, es la que tiene dividida á Europa en dos campos; que ya con este, ya con el otro nombre, constituye el fondo de todas nuestras luchas filosóficas, políticas, literarias ó guerreras; queriendo los unos su triunfo á toda costa, porque le atribuyen todas las libertades, el progreso y las luces de que disfrutaron; y combatiéndola enérgicamente los otros, porque le imputan todas las calamidades del presente y todos los terrores del porvenir.

¹ Divisa que escribieron los revolucionarios romanos en carteles y transparentes, aludiendo con ella á su revolucion, que proclamaban hija de la francesa.

Ahora bien, esta Revolucion, objeto de amor para unos y de aborrecimiento para otros, ¿hija de quién es? Amigos y enemigos comprenden toda la importancia de esta cuestion fundamental. Por esto se ha escrito de sesenta años á esta parte, una multitud de obras sobre las causas de la *Revolucion francesa*. La extraordinaria divergencia de opiniones emitidas en esas obras, es prueba de que se ha querido establecer la genealogía de la Revolucion consultando al raciocinio ántes que á la historia, y ateniéndose mas á las deducciones lógicas que á los hechos consumados. Por esto la atribuyen alguno al Volterianismo y á la filosofía del siglo XVIII, mién^s tras otros lo niegan formalmente; estos la hacen remontrarse hasta Luis XI; aquellos hasta el protestantismo; y las opiniones de todos son respetadas por muchos historiadores.

Algunos hay que equivocando los pretestos con las causas, le atribuyen la Revolucion de 1789 con toda seriedad al déficit de la tesorería y á ciertos abusos del antiguo régimen. Así es como se ha creído por algunos que la causa de la Revolucion de 1830 fué el haber espedido Cárlos X sus ordenanzas, y de la de 1848, la reforma electoral. Todos saben hoy que esas supuestas causas no fueron mas que pretestos, señas de inteligencia, ó si se quiere, el grano que hizo vencer el platillo de la balanza; pero nadie verá en todo eso la causa de aquellos grandes acontecimientos.

Para deducir con certeza la genealogía de la Revolucion, hay un camino mas sencillo y mas seguro.

La genealogía de un hecho se establece de la misma manera que la genealogía de un hombre. Para esto, se emplean dos medios, oír á testigos competentes, y ratificar sus testimonios interrogando al individuo en persona ó examinando sus palabras y sus acciones. Tal es la marcha que hemos seguido para fijar la genealogía de la Revolucion francesa. Vamos á escuchar á los tes-

tigos, y sus testimonios serán ratificados por la Revolución, á la que le concederemos la palabra para que ella tambien deponga en su propia causa.

Pues bien, desde hace sesenta años y mas, multitud de testigos que asistieron al nacimiento de la Revolución, aclamándola unos, maldiciéndola otros, y buscando todos sus títulos genealógicos, dan unánimes este testimonio:

LA REVOLUCION FRANCESA ES HIJA DE LA EDUCACION DE COLEGIO.

Oigamos algunos de esos testimonios.

El autor de la *Década histórica*, ocupándose de la educación clásica en los tres últimos siglos, se expresa así:

“Por una singular inconsecuencia, los monarcas y sus ministros, á pesar de que querían conservar su autoridad absoluta, toleraban que en los colegios se diera á los alumnos una *educación republicana*. Temistocles, Aristides, Epaminondas, Solon, Ciceron, Caton, Cincinato, Scipion, eran los modelos que se les proponían. Los reyes aplaudían á Bruto. Las lecciones de los sábios de la antigüedad, popularizadas por entendidos traductores; las legislaciones de Esparta, de Atenas y de Roma, comentadas por ilustrados políticos, acabaron por cambiar completamente las ideas, el carácter y el idioma. *Las instituciones eran monárquicas, y las costumbres republicanas*. Las pretensiones y los privilegios eran aristocráticos, y las opiniones y las costumbres se democratizaban. Los abogados, los literatos, con visos de fundamento, y los pasantes mas oscuros con demencia visible, no acertaban á comprender por qué no habían de ser ellos unos Licurgos ó unos Cicerones.”¹

1 *Década histórica*, por M. de Ségur.

Estas disposiciones generales se individualizaban en la mente de cada colegial. El autor del *Cuadro de Paris*, Mercier, decia en 1785, escribiendo su propia historia en la de sus jóvenes contemporáneos:

“El nombre de Roma es el primero que llegó á mis oídos.

Apénas estaba en los primeros rudimentos, cuando ya me hablaban de Rómulo y de su loba, del Capitolio y del Tiber. Los nombres de Bruto, de Caton y de Scipion me perseguían en sueños; aglomerábanme la memoria con las epístolas familiares de Ciceron; de modo que estaba yo realmente distante de Paris, y extranjero dentro de su recinto, vivía en Roma, la que sin embargo no ví nunca, ni la veré acaso jamas.

“Las décadas de Tito Livio me llenaron de tal manera el cerebro durante el curso de mis estudios, que necesité despues mucho tiempo para volver á ser ciudadano de mi patria; tanto así me habia yo casado con la historia de los antiguos romanos. Era yo republicano con todos los defensores de la República; le hacía con el senado la guerra al temible Annibal; arrasaba yo á la soberbia Cartago; seguía la marcha de los generales romanos y el vuelo triunfante de sus águilas en las Galias; los veía sin terror conquistando la tierra de mi nacimiento, y queria componer tragedias sobre cada uno de los pasos de César. Hasta despues de trascurridos muchos años, no tuve el buen sentido de volver á ser frances y vecino de Paris.

“*Es evidente que en el estudio del idioma latino, se adquiere cierto afecto á las repúblicas antiguas, tanto, que quisiera uno poder resucitar aquella cuya es la gran historia que está leyendo.*

“*Es evidente que al oír hablar del senado, de la libertad, de la magestad del pueblo romano, de sus victorias, de la justa muerte de César, del puñal de Caton, que no pudo sobrevivir á la destruccion de las leyes, cuesta tra-*

bajo salir de Roma para convertirse en un particular de la calle de los Nogales.

“Y sin embargo, es en una monarquía en donde se les inculcan á los jóvenes esas ideas extranjeras de que tienen que olvidarse muy pronto en obsequio de su seguridad, de sus adelantos ó de su felicidad, y *un rey absoluto es el que espensa á los profesores para que nos expliquen con gravedad todas esas elocuentes declamaciones contra el poderío de los reyes*; de modo que un alumno de la antigua universidad de Paris, cuando va á Versailles, si tiene alguna dosis de buen sentido, sueña á pesar suyo con Tarquino, con Bruto, con todos los altivos enemigos de las coronas. Entónces su pobre cabeza se extravía: ó es un tonto, ó un esclavo de nacimiento; ó necesita tiempo para familiarizarse en su país, en donde no hay ni tribunos, ni decenviros, ni senadores, ni cónsules.”¹

En espera del momento mas oportuno para resucitar tribunos, república y cónsules, acogianse con trasporte los hombres y los libros que mantenian en los ánimos el amor de la libertad, pintando con los mas bellos colores las repúblicas gloriosas de la antigüedad clásica. Uno de los libros que mas han contribuido á llevar al colmo la admiración de las formas de gobierno de la antigüedad es el *Viaje del joven Anacharsis*.

Ahora bien, el dia 25 de Agosto del año de 1789, el caballero de Boufflers pronunció en la Academia, con motivo de la recepcion del abate Barthelemy, un discurso que puede servir de termómetro para medir las ideas que estaban en Francia en vísperas de ser aplicadas. El Sr. de Boufflers, para caracterizar los *útiles y sorprendentes trabajos* del nuevo académico, le decia al recibiendo.

“Favorecido con iguales dotes para adelantar en to-

1 T. I. cap. LXXXI.

das las carreras á pasos de gigante, habeis dado la preferencia á la que os conducia á la *sábía antigüedad*: ocupándoos ménos en labraros la fama preclara que dignamente disfrutais, que en *traer á la memoria de la edad presente, fijando su atencion, quienes fueron los hombres de las ya pasadas, os habeis consagrado al estudio de la hermosa antigüedad*.

“Hablais, y de súbito las tinieblas de veinte siglos dejan el lugar á los rayos de una luz nueva, presentándonos el *magnífico espectáculo* de Grecia entera cuando estaba en el apogeo de su esplendor. Argos, Corinto, Esparta, Atenas y otras mil ciudades que desaparecieron, vuelvan á verse pobladas. Nos habeis abierto las puertas de los teatros, de las academias, de los gimnasios, de los templos, de los edificios públicos, de las casas particulares, de los mas interiores aposentos. Bajo vuestros auspicios, nos han admitido en sus asambleas, en sus escuelas, en sus juegos, en sus festines, y vamos con ellos á sus diversiones, nos iniciamos en sus misterios, somos confidentes de sus pensamientos, y á fé que los griegos no conocieron á Grecia ni trataron á sus compatriotas con la intimidad con que los hemos conocido nosotros, gracias á vuestro *joven Anacharsis*. . . . *Al presentárnoslos como modelos, nos habeis émulo suyos. En cuanto á patriotismo, nos enlaza un mismo pensamiento, nos dirige una misma razon. . . . Ya sabemos lo mismo que los griegos, que no puede llamarse existencia sino la del hombre libre, porque sin libertad no hay hombre.*”¹

Por si acaso no fuere esto bastante esplicito, escuchemos el testimonio de un hombre que conocia muy bien el influjo de la enseñanza clásica, supuesto que la habia profesado muchos años, y el espíritu de la revolucion supuesto que fué uno de sus exaltados partidarios. El mismo año en que el Sr. de Boufflers pronunció su dis-

1 Monit. idem.

curso, el P. Cerutti publicó tres odas imitando las de Horacio. En la prefacion se espresa así:

“*El espíritu literario ha engendrado al espíritu filosófico, y el espíritu filosófico ha engendrado al espíritu legislativo.*”

He aquí en tres frases toda la genealogía de la revolución.

Es esta tan evidente, que un hombre que nada tenía de comun con el P. Cerutti, la espone en los propios términos.

“El retroceso, dice el ilustre Dnorsó Cortes, se inició en Europa con la restauracion del paganismo *literario*, el cual acarrió sucesivamente la restauracion del paganismo *filosófico*, del paganismo *religioso* y del paganismo *político*. El mundo está hoy en vísperas de la restauracion postrera que es la restauracion del paganismo *socialista*.”¹

El redactor del *Monitor*, que se ocupa de la obra de Cerutti, agrega:

“Las lecciones de Horacio, revestidas con imágenes fuertes y verdaderas, *se apropian maravillsamente á esta revolucion, y la pertenecen*. Horacio nos predice las maravillas de los tiempos presentes, y los tiempos presentes realzan á Horacio sirviéndole de *comentario vivo*.”²

1 Carta del 4 de Junio de 1849.

2 *Monit.* del 18 de Diciembre de 1789.—Cerutti desde sus mas tiernos años se dedicó al estudio de los autores paganos, inculcándosele mucho el espíritu *literario*. Era todavía muy joven cuando ganó el premio que la Academia de Tolosa propuso al que tratara mejor esta cuestion: *¿Por qué florecen y prosperan ménos las repúblicas modernas que las antiguas?* Este espíritu le condujo, como á tantos otros, *al espíritu filosófico*. En sus diferentes obras, pero especialmente en los *Jardines de Betz*, poema, se desata contra la *avaricia* y el *fanatismo* de los clérigos, profetiza la *libertad universal*, canta la *muerte filosófica*, *destruye la postiza importancia de las creencias religiosas*, *supuesto freno que contiene á la muchedumbre*; consecuente consigo mismo, en-

Escuchemos á otro testigo. El autor del *castillo de las Tullerías* bosqueja este cuadro de la sociedad francesa en el momento en que estalló la revolucion;

“El campesino, dice, que habia reunido algun dinero, enviaba á su hijo al colegio para que fuese sacerdote, abogado ó médico. De los hijos de cultivadores que poblaban los colegios, tres cuartas partes volvian á sus hogares ántes de completar los ocho años de estudio, porque les parece mejor abonar tierras, que no ser abonados con lenguas mueatas; pero aunque era poco el tiempo empleado, era bastante sin embargo para haberles infundido afecto por las cosas de la antigüedad. En las veladas, en lugar de cuentos de hadas, recitábanse fragmentos de la historia griega y de la romana. Por último, *no habia ni una aldea en que no se oyesen confundidos, los nombres de Vesta, de Alcibiades, de Augusto, de Neron, &c.* Esa confusion, que no podia ménos de hacer reir al viajero, *fué sin embargo una de las causas del escaso asombro y de la sumision de los campesinos á la revolucion.*”

“Ya se comprende que en esta situacion de los ánimos, cuyos posos abiertos, si puede uno espresarse así, estaban dispuestos á recibir todas las ideas nuevas por gigantescas que fuesen, era cosa muy fácil sorprender la confianza y los sufragios de aquella numerosa porcion de la sociedad, y establecer así una cadena secreta de comunicacion entre los espíritus mas elevados y los ménos instruidos.”¹

Otro escritor prosigue:

“Agréguese á esto que la historia, las costumbres, la mitología de la antigüedad habian sido popularizadas

trégase á pasiones *malogradas*, y quejándose de su miseria, posee 1100 libras de renta y deja 400 luises en metálico. Unese con al espíritu *filosófico* el espíritu *legislador*, y llega á ser administrador del departamento de Paris, diputado de Paris á la asamblea legislativa, y redactor de la *Hoja aldeana*.

1 *El castillo de las Tullerías*, por Roussel.

por los poetas, por los pintores, por los escultores, por los grabadores, y que los cuadros, las estatuas, las estampas, los jardines, las galerías, la corte, la ciudad, no ofrecían á la vista mas que la representacion en mármol, en piedra, en lienzo ó en papel, de las aventuras de los dioses, de las diosas, de los héroes de Grecia ó de Roma, y se comprenderá cómo se escucharon despues sin sorpresa, todos los discursos enfáticos y basados en el paganismo, de los oradores revolucionarios; cómo fueron acogidos sin risas los mas extravagantes proyectos resucitándolos de los griegos; cómo se doblegó con tanta facilidad la cerviz al yugo de embrutecimiento de una asamblea de particulares que se arrogaron un poder mas despótico mil veces que el de la monarquía que acababan de derribar; pero creyéndose autorizados para cometer una usurpacion tan odiosa, para decir tantos absurdos, para hacerse reos de tantos crímenes, por el ejemplo de Bruto, de Casio, de Espartaco, de todos los criminales de la antigüedad.”¹

Sin embargo, fuerza es reconocer con un comentador de Salustio, que la revolucion en su forma griega y romana, no la comprendieron bien sino los literatos. El Sr. de Gerlache dice:

“Cuando á fines del último siglo, Francia, ó por mejor decir, los letrados de la sociedad francesa, disgustados de sus instituciones propias y *enamorado de las de la antigüedad*, quisieron pasar del estado monárquico al republicano, fracasaron, porque ese cambio no estaba apoyado ni en el espíritu ni en las costumbres de la nacion. De donde provino que la revolucion francesa se pareció á la de César, en que se dirigió á su fin por medio de violencias, matanzas y proscripciones. El reinado del Terror se semeja en muchos puntos con el del segundo triunvirato.”²

1 Del paganismo en la sociedad, pág. 57.

2 Estudios sobre Salustio; p. CXLVII.

Si la mayoría de las poblaciones, ignorante de los estudios de colegio, vió la revolucion con indiferencia y á veces con temor; si no la aceptó sino por el flanco que halagaba su orgullo y satisfacía su codicia, en desquite, la generacion que se habia familiarizado con la hermosa, antigüedad saludó á la revolucion con entusiasmo como si fuera la inauguracion de otra edad de oro. Carlos Nodier, testigo ocular, despues de pintar las horrosas escenas de la revolucion y la desvergüenza y cinismo de las asambleas populares, añade:

“Lo notable es que todos estábamos preparados para ese orden de cosas excepcional nosotros los alumnos á quienes desde la niñez nos inculcaban todas esas aberraciones de una política falta de base, por medio de una educacion *anómala y anormal*. No teníamos que hacer grandes esfuerzos para pasar de los estudios de las escuelas á las discusiones del *Forum* y á la guerra de los esclavos. *Las instituciones de Licurgo y los tiranicidios de los Panatheneos, ya tenían conquistada nuestra mas entusiasta admiracion*, como que nunca nos habian hablado mas que de eso.

“Los mas antiguos de entre nosotros referian que en vísperas de los acontecimientos recientes, se habia sorteado el premio de retórica entre dos alegatos por el estilo de los de Séneca el orador, en favor de Bruto el antiguo y de Bruto el jóven. No sé quién fué vencedor á calificacion de los jueces, si el que mató á sus hijos ó el que asesinó á su padre; pero al premiado lo alentó el intendente, lo acarició el primer presidente, y lo coronó el arzobispo. *A otro dia hablóse de una revolucion, y se asombraron de ello como si no hubiese debido saberse que desde ántes estaba ya hecha en la educacion*. . . . Testimonio es este que no pudo negarles la filosofía del siglo XVIII á los Jesuitas, á la Sorbona y á la Universidad.”¹

1 - *Recuerdos*, T. I. p. 88. -

El mismo observador agrega:

“Para que sea útil y sana la educacion de un ciudadano, es preciso que sea natural, que forme parte del todo de las instituciones, concurriendo á su conservacion como contribuyen ellas á la suya. . . . Principios son estos de tal manera evidentes, que no hay necesidad de robustecerlos con pruebas; pero procure uno por ejemplo meditar qué efecto produciria la educacion espartana en una monarquía ó en otra República que no fuera la misma Esparta; procure uno pensar en el efecto que producirian los métodos de instruccion de los antiguos, transplantados entre los modernos. . . . Asunto seria este que no podria ménos de arrancar risas á los hombres de buen sentido.

“Ello seria *inaudito, inexplicable, extravagante*; nadie lo acertaria á comprender; y sin embargo, *todos lo han visto, todos lo han palpado: esa ha sido la educacion del siglo que hizo la revolucion* ó que la dejó hacer: y repito que ESTE VICIO ES LA CAUSA INCONTESTABLE DE TODAS NUESTRAS DESGRACIAS. No recibiamos educacion francesa, siendo franceses; no recibiamos educacion monárquica, siendo ciudadanos de una monarquía; y por último, siendo cristianos, no recibiamos educacion cristiana. Sea por inadvertencia, sea por preocupacion, por ignorancia ó por presuncion, nos habian formado, de intento, al parecer, para un órden de cosas en que no habiamos nacido, para un objeto que jamas podía ofrecerse á nuestro pensamiento, para destinos políticos que al último adoptamos, no porque se avinieran con nuestras costumbres ni con nuestro carácter, sino porque para todos habian llegado á ser mas ó ménos necesarios.

“Con efecto, en la cátedra de las aulas, ¿qué era lo que resonaba hacia mucho tiempo, sino ejemplos estemporáneos y peligrosos de repúblicas caducas y pasadas, y modelos de héroes olvidados, á cuya semejanza no podiamos aspirar sino por medio de parodias indecentes y crueles!...

El frances, enteramente despojado casi del espíritu de nacionalidad, se refugió en las memorias de la antigüedad, y se prestó sin esfuerzo al estraño proyecto de los depositarios de la instruccion, recibiendo una educacion histórica cuyo fundamento eran ideas y afectos propios de otras épocas, de otros lugares, de otros gobiernos y de otros hombres.

“La educacion, esto es, *la vida social*, se recibió *en nombre de los griegos y los romanos*, que nada tenian de comun con nosotros: nadie pensó en que la mayor parte de esos altos hechos cuya memoria se perpetuaba en los anales, eran incompatibles con la moral perfeccionada de las sociedades modernas, á cuyos ojos los presentan la razon y la humanidad como *déritos abominables*; y en que muchos de los semi-dioses de colegio habrian ido á dar á la picota ó al cadalso. . . . Entusiasmo ciego, falsa y desgraciada incitacion que trae á la memoria el populatismo anárquico de los Gracos, la ambicion criminal de César, la desesperacion de Caton y el parricidio de Bruto.”¹

En otro lugar, y siempre con creciente energía, prueba que la educacion de colegio es responsable, no solo de las parodias grotescas de la Revolucion, sino que tambien de las atrocidades que manchan esa época sin ejemplar en la historia. Recomendamos sus palabras á la meditacion de los preceptores de la juventud:

“La enseñanza en los colegios, dice, la constituian entonces, *lo mismo que ahora*, en su mayor parte, sucesos anteriores al cristianismo, nociones tomadas de la brutal filosofía de los paganos, pomposas mentiras que les prestaban á absurdos arranques de frenesí, todo el atractivo de la virtud y todo el esplendor de la gloria. Aquella generacion, á semejanza del Centauro, se habia alimentada con *tuétanos de fieras*, y no hay que estrañar en visto de ello que *fuera tan cruel y feroz como ellas*.

¹ Rec. del Consulado, &c.

“Así es como á nosotros, hijos extraviados de Atenas y de Roma, se nos dió á conocer la libertad con el ropaje de la adorable furia de Corneille. Agréguese á esta *desgracia radical* de una educación abusiva, diametralmente opuesta á su objeto moral, gracias á la ineptitud y á la presuncion de los sabios postizos, el contagio de los primeros ejemplos, y dígase si no hay motivo para asombrarse de que los jóvenes hayan podido guarecerse tras el broquel de una razon prematura, de tantos peligros como los cercaban. Por desgracia, no fuimos nosotros de esos. Adeptos de una *historia idealizada* por los sofistas, destronada nuestra alma, no pudimos poner en el lugar de esta mas que el instinto y la lógica de los leones.”¹

Los antecedentes testimonios demuestran con claridad cuál era la *naturaleza* y el origen de la disposicion de ánimo que dominaba entre los literatos al momento de estallar la Revolucion. Los que vamos á presentar ahora, acabarán de desgarrar el velo que ofusca todavía á algunos, no permitiéndoles conocer la genealogía de la *Terrible Diosa*.

1 *Rec. de Carlota Cosday*. p. 25 ed. de 1841

CAPITULO III.

Nuevos testimonios.—Dumonchel.—Auger.—Grégoire.—Bernardino de Saint-Pierre.—Daunon.—Briot.—Dupuy.—Boissy d'Anglas.—Dupuis.—Fourcroi.—La Década filosófica.—Camilo Desmonlins.—Pages.—Condorcet.—Danton.—Talleyrand.—Chateaubriand.

Apénas nace la Revolucion, cuando los preceptores se apresuran á reconocerla como hija y á revindicar públicamente los honores de la paternidad.

El día 8 de Enero de 1790, el abate Dumonchel, rector de la Universidad de Paris, se presentó en la barra de la asamblea presidiendo á todos los profesores, y pronunció este discurso, que debe leerse cuando ménos dos veces:

“*En nuestro seno se albergaban vuestros mas entusiastas, sinceros y celosos admiradores.* Interrogando de día y de noche las sombras de todos los grandes hombres que inmortalizaron las Repúblicas de Grecia y de Italia, removiamos de entre los escombros de los monumentos de Atenas y de Roma, esos sentimientos guerre-